

II Declaración sobre la naturaleza de la raza y las diferencias raciales

París, junio de 1951

Las razones por las que se ha convocado una segunda reunión de expertos para examinar el concepto de raza son esencialmente las siguientes:

La cuestión de la raza presenta interés para muy distintas clases de personas; no sólo para el público en general, sino también para los sociólogos, los antropólogos y los biólogos, especialmente los que se ocupan de los problemas de la genética. En la primera discusión sobre el problema de la raza, fueron sobre todo los sociólogos los que dieron su opinión y redactaron la Declaración sobre la raza. Esa Declaración produjo buenos efectos, pero no fue respaldada por la autoridad de aquellos grupos en cuyo sector especial de competencia caen precisamente los problemas biológicos de la raza, a saber los especialistas en antropología física y en genética. En segundo lugar, la primera Declaración no recibió, en todos sus extremos, la adhesión de esos grupos y, debido a ello, no tuvo el apoyo de muchas autoridades de esas dos esferas.

En general, se han mantenido las principales conclusiones de la primera Declaración, pero con diferencias en su importancia relativa y con algunas supresiones importantes.

No hubo tardanza, vacilación ni falta de unanimidad en alcanzar la conclusión fundamental de que no hay base científica alguna para la posición racista respecto a la pureza de la raza y a la jerarquía de razas inferiores y superiores a que tal idea conduce.

Hemos estado de acuerdo en que todas las razas son híbridas, y en que la variabilidad intrarracial de la mayor parte de los caracteres biológicos es tan grande o quizás mayor al interior de una misma raza, que entre razas distintas.

Hemos estado de acuerdo en que las razas han alcanzado su estado actual por la acción de factores evolutivos que han hecho

que proporciones distintas de elementos hereditarios análogos (genes) hayan llegado a ser características de grupos diferentes, parcialmente separados. Todos nosotros estimamos que el origen de estos elementos está en la variabilidad debida a mutaciones fortuitas, así como en factores de aislamiento que conducen a la diferenciación racial impidiendo el mestizaje de grupos que presentan mutaciones diferentes, factores que son principalmente geográficos en el caso de los grandes grupos tales como el africano, el europeo y el asiático.

Hemos reconocido que el hombre se distingue tanto por su cultura como por su biología, y para todos nosotros es evidente que muchos de los factores que han llevado a la formación de razas menores han sido culturales. Todo lo que pueda impedir el libre intercambio de genes entre grupos es un factor potencial de diferenciación racial y tales barreras parciales pueden ser tanto religiosas, sociales y lingüísticas como geográficas.

Hemos evitado prudentemente toda definición dogmática de raza, pues por ser ésta un producto de factores evolutivos, constituye un concepto dinámico más bien que estático. Con igual prudencia nos hemos abstenido de decir que, puesto que las razas son todas variables y muchas de ellas se superponen mutuamente, hay que concluir que no existen. El especialista en antropología física, lo mismo que el hombre de la calle, sabe que las razas existen; el primero se basa en las combinaciones de rasgos científicamente reconocibles y mensurables que utiliza para clasificar las variedades de la especie humana; el segundo se basa en el testimonio inmediato de sus sentidos cuando ve un africano, un europeo, un asiático y un indio americano juntos.

Hemos coincidido sin dificultad en que no se ha aducido prueba alguna de diferencias entre distintos grupos raciales en lo que se refiere a la capacidad intelectual innata, antes bien, también aquí la variabilidad intrarracial es por lo menos tan grande como la variabilidad interracial. Estamos de acuerdo en que los caracteres psicológicos no pueden utilizarse para clasificar las razas ni emplearse como partes de descripciones raciales.

Tuvimos la suerte de contar entre los miembros de nuestra conferencia a varios investigadores que habían realizado estudios especiales sobre los resultados de matrimonios entre individuos de distintas razas. Esto significa que nuestra conclusión de que la mezcla de razas no tiene en general efectos desfavorables se

Declaración de 1951

basa tanto en la experiencia práctica como en el estudio de lo que se ha escrito sobre el tema. Muchos de los miembros de nuestra conferencia creen muy probable que el mestizaje de distintas razas pueda conducir a resultados biológicos ventajosos, aunque no hay suficientes pruebas en apoyo de ninguna conclusión.

En vista de que la palabra raza está desvirtuada por su aplicación errónea a las diferencias nacionales, lingüísticas y religiosas, así como por el deliberado abuso que hacen de ella los racistas, nos hemos esforzado en encontrar una nueva palabra que expresara la misma idea de un grupo biológicamente diferenciado. No lo hemos conseguido, pero hemos convenido en reservar la palabra raza para la clasificación antropológica de grupos que muestran combinaciones definidas de caracteres físicos (incluidos los fisiológicos) en proporciones características.

También nos hemos esforzado, aunque igualmente sin éxito, en llegar a una conclusión general sobre la naturaleza innata del hombre en lo que concierne a su conducta hacia sus semejantes. Es evidente que los miembros de un grupo observan una conducta de cooperación o asociación entre sí, mientras que los miembros de grupos distintos pueden seguir una conducta recíprocamente agresiva, y ambas actitudes pueden reunirse en un mismo individuo. Hemos reconocido que el conocimiento del origen psicológico de los prejuicios raciales es un problema importante que requiere estudios más detenidos.

Sin embargo, y a reserva de las limitaciones de nuestros conocimientos actuales, todos nosotros creemos que las diferencias biológicas existentes entre los grupos raciales humanos no pueden en ningún caso justificar las opiniones sobre la desigualdad racial basadas en la ignorancia y los prejuicios, y que todas las diferencias que conocemos pueden ser omitidas sin reparo para todos los fines humanos de orden ético.

L. C. Dunn, relator, junio de 1951

Los sabios reconocen, generalmente, que todos los hombres actuales pertenecen a una misma especie llamada *Homo sapiens*, y que tienen el mismo origen. No se sabe con certeza cuándo y cómo los diferentes grupos humanos se separaron del tronco común.

Los antropólogos están todos de acuerdo al considerar que la noción de raza permite clasificar a los diferentes grupos humanos en un cuadro zoológico propio para facilitar el estudio de los fenómenos de evolución. En el sentido antropológico, el término "raza" no debe aplicarse más que a los grupos humanos que se distinguen por rasgos físicos claramente caracterizados y esencialmente transmisibles. De este modo pueden clasificarse nuevas poblaciones, pero la complejidad de la historia humana es tal que muchos otros se prestan difícilmente a una clasificación racial.

Las diferencias físicas entre los grupos humanos se deben: unas a diferencias de constitución hereditarias, otras a diferencias de medio, la mayor parte a las dos cosas. La genética induce a pensar que las diferencias hereditarias dentro de una misma especie se deben a dos clases de causas: por una parte, la composición genética de una población aislada se modifica continuamente, pero progresivamente, bajo los efectos de la selección natural, de modificaciones fortuitas (mutaciones) de partículas materiales (genes) que rigen la herencia, de modificaciones accidentales de la frecuencia de los genes, y, finalmente, de costumbres relativas al matrimonio; por otra parte, los cruzamientos tienden sin cesar a borrar las diferenciaciones así creadas. Las nuevas poblaciones procedentes de estos cruzamientos, cuando se encuentran a su vez aisladas, sufren las mismas influencias, que pueden dar lugar a nuevas transformaciones. Las razas actuales no son más que el resultado, observado en un momento dado de la historia, de la suma de las acciones que se han ejercido sobre la especie humana. Es, pues, normal que los caracteres hereditarios empleados para clasificar a los grupos humanos difieran según la finalidad científica que se ponga; lo mismo ocurre con la extensión de

las variaciones —y, por consiguiente, del número de subdivisiones— admitidas dentro de un mismo grupo.

3

Los grupos nacionales, religiosos, geográficos, lingüísticos y culturales no coinciden necesariamente con los grupos raciales, y los aspectos culturales de estos grupos no tienen ninguna relación demostrable con los caracteres propios de la raza. Los americanos no constituyen una raza, como tampoco los franceses o los alemanes. Ningún grupo nacional constituye una raza *ipso facto*. Los musulmanes y los judíos no forman ninguna raza, como tampoco los católicos o los protestantes, los habitantes de Islandia, de Gran Bretaña o de la India, los pueblos que hablan inglés o cualquier otra lengua, los individuos que pertenecen a la cultura turca o china, etc. El empleo de la palabra “raza” para designar uno de estos grupos puede constituir un grave error; sin embargo, este error se comete con frecuencia.

4

Las razas humanas han sido clasificadas —y lo son todavía— diferentemente según los antropólogos. La mayor parte de éstos están de acuerdo en dividir a casi toda la especie humana en tres grandes grupos, por lo menos (en inglés: *major racial groups*, en francés: *grand-races*, en alemán: *Hauptrassen*). Esta clasificación no se basa en ningún carácter físico único: el color de la piel, por ejemplo, no basta para distinguir una gran raza de otra. A esto hay que añadir que, en la medida en que ha sido posible analizarlas, las diferencias de estructura física que distinguen a una gran raza de otra no aportan ningún argumento en favor de sus ideas corrientes de una “superioridad” o de una “inferioridad” general de cualquiera de los dos grupos.

En conjunto, los miembros de cada gran raza se distinguen por ciertos caracteres físicos; pero los individuos —o los pequeños grupos— pertenecientes a varias subdivisiones de una misma gran raza no se diferencian tan fácilmente entre sí. Incluso, de una gran raza a otra, existen transiciones insensibles y algunos caracteres físicos propios de las grandes razas o de las razas secundarias diferentes pueden coexistir en gran parte. En lo que

respecta a la mayor parte —si no a la totalidad— de los caracteres mensurables, las diferencias observadas dentro de una misma raza sobrepasan las que se observan entre la media de dos o varias razas que forman parte de una misma gran raza.

5

La mayor parte de los antropólogos no tienen en cuenta los caracteres mentales en sus clasificaciones de las razas humanas. Las experiencias realizadas sobre los miembros de una misma raza muestran que los resultados de los test de inteligencia y de los test de personalidad dependen a la vez de las aptitudes innatas y de las condiciones del ambiente físico y social, pero no se está de acuerdo sobre la importancia relativa de estos dos factores.

Los resultados de un test psicológico —incluso no verbal— son generalmente peores en el caso de individuos iletrados que en el de sujetos más instruidos. Los test de este orden pueden dar resultados sumamente variables en el caso de grupos diferentes de una misma raza y de un nivel cultural equivalente. Pero si los dos grupos comparados han vivido desde su infancia en medios análogos, las diferencias son generalmente mínimas. Todo lo más, hay motivos para pensar que, para dos grupos situados en idénticas condiciones de ambiente, el nivel medio (es decir, el resultado considerado como representativo porque se observan tantos resultados mejores como resultados menos buenos) y las variaciones por encima y por debajo de dicho nivel no difieren sensiblemente de una raza a otra.

Incluso los psicólogos que declaran haber encontrado las mayores diferencias de inteligencia entre grupos de origen racial diferente, y que sostienen que estas diferencias son hereditarias, han comprobado siempre que algunos miembros de un grupo inferior sobrepasan no solamente el nivel más bajo, sino el nivel medio de un grupo superior. De todos modos, nunca se ha podido distinguir dos grupos por sus aptitudes mentales, mientras que puede hacerse frecuentemente ateniéndose a su religión, su lengua, el color de su piel o la naturaleza de sus cabellos. Es posible —pero no está demostrado— que algunas categorías de aptitudes innatas, de orden intelectual o afectivo, sean más frecuentes en un grupo que en otro; en todo caso, es cierto que estas aptitudes varían tanto, si no más, dentro de un grupo dado que de un grupo a otro.

El estudio de la herencia de los caracteres psicológicos presenta múltiples dificultades. Sabemos que algunas enfermedades o deficiencias mentales se transmiten de una generación a otra, pero conocemos mal el papel de la herencia en la vida psíquica de individuos normales. El individuo normal, cualquiera que sea su raza, es completamente educable. La vida intelectual y moral está, pues, en una gran parte, condicionada por su formación y por su ambiente físico y social.

Con frecuencia, un grupo nacional parece caracterizado por particularidades psicológicas especiales. Para el observador superficial, estas particularidades se explican por la raza. Desde el punto de vista científico, sin embargo, cualquiera de estas particularidades puede muy bien ser el resultado de influencias históricas y sociales sufridas en común, y su existencia no debe hacernos olvidar que en el seno de poblaciones diferentes, representativas de un gran número de tipos humanos, se encuentra, aproximadamente, la misma gama de temperamentos y el mismo grado intelectual.

6

Los datos científicos disponibles hasta la fecha no corroboran la teoría según la cual las diferencias genéticas hereditarias serían un factor primordial para determinar las diferencias entre las culturas y sus realizaciones en los diversos pueblos o grupos étnicos. Nos enseñan, por el contrario, que estas diferencias se explican, ante todo, por la historia cultural de cada grupo.

7

No se posee prueba alguna de la existencia de las llamadas razas "puras". Los esqueletos fósiles nos proporcionan lo esencial de lo poco que sabemos de las razas desaparecidas. En lo que respecta a las mezclas de razas, hay motivos para pensar que el proceso de la hibridación humana, se ha efectuado desde hace un tiempo indeterminado, pero considerable. A decir verdad, uno de los mecanismos de la formación, de la extinción y de la fusión de razas es precisamente la hibridación de éstas. Jamás se ha establecido por medio de pruebas válidas que esta hibridación haya tenido efectos desfavorables; no existe, pues, ninguna razón biológica para prohibir el matrimonio entre individuos de razas diferentes.

Consideremos ahora la aplicación de todos estos datos en el problema de la igualdad entre los hombres. Conviene afirmar que la igualdad de derechos y la igualdad ante la ley, en cuanto a principios morales, no se fundan en modo alguno en el postulado según el cual todos los seres humanos están igualmente dotados.

Juzgamos útil exponer de manera formal lo que ha sido establecido científicamente sobre las diferencias entre individuos y entre grupos:

- a) Los únicos caracteres sobre los cuales los antropólogos han podido establecer hasta la fecha clasificaciones raciales son caracteres físicos (anatómicos y fisiológicos).
- b) En el estado actual de la ciencia, nada justifica la creencia de que los grupos humanos difieren por sus aptitudes de orden intelectual o afectivo.
- c) Algunas diferencias biológicas pueden ser grandes o mayores dentro de una misma raza que de una raza a otra.
- d) Se han observado transformaciones sociales considerables que no coinciden en modo alguno con cambios de tipo racial. Los estudios históricos y sociológicos corroboran así la opinión según la cual las diferencias genéticas apenas intervienen en la determinación de las diferencias sociales y culturales entre grupos humanos.
- e) Nada prueba que la mezcla de razas tenga efectos desfavorables desde el punto de vista biológico. Los resultados, buenos o malos, a los cuales conduce, se explican lo mismo por factores sociales.

Declaración redactada el 8 de junio de 1951 en la Sede de la Unesco, en París, por:

Profesor R. A. M. Bergman, del Instituto Real Tropical de Amsterdam.

Profesor Gunnar Dahlberg, director del Instituto del Estado de Genética Humana y de Biología de las Razas, de la Universidad de Upsala.

- Profesor L. C. Dunn, del Departamento de Zoología de Columbia University, Nueva York.*
- Profesor J. B. S. Haldane, jefe del Departamento de Biometría, University College, Londres.*
- Profesor M. F. Ashley Montagu, jefe del Departamento de Antropología, Rutgers University, New Brunswick, N.J.*
- Doctor A. E. Mourant, director del Blood Group Reference Laboratory, Lister Institute, Londres.*
- Profesor Hans Nachtsheim, director del Instituto de Genética, Freie Universität, Berlín.*
- Doctor Eugène Schreider, director adjunto del laboratorio de antropología física de la Escuela de Altos Estudios de París.*
- Profesor Harry L. Shapiro, jefe del Departamento de Antropología del American Museum of Natural History, Nueva York.*
- Doctor J. C. Trevor, profesor en la Facultad de Arqueología y Antropología de la Universidad de Cambridge.*
- Doctor V. Vallois, profesor en el Museo de Historia Natural, director del Museo del Hombre, de París.*
- Profesor S. Zukerman, jefe del Departamento de Anatomía de la Escuela de Medicina de la Universidad de Birmingham.*
- El profesor Th. Dobzhansky, del Departamento de Zoología de la Universidad de Columbia, y el doctor Julian Huxley, han participado en la redacción definitiva.*